

Y hoy á los juegos y á la lid sangrienta
Llama á los pueblos el conceso blando,
Tenue pasando por el bronce que une
Débiles cañas.

Cañas, de danzas plácidos testigos,
Y que en el bosque del Cefiso ameno,
Cabe Orcomeno (de la Gracias villa)
Crecen lozanas.

¿Quién las espaldas, si á la dicha aspira,
A los trabajos volverá cobarde?
Dios en la tarde calmará las penas
Que hora lo abruma.

No cede el Hado; mas apenas deja
A los mortales la última esperanza,
Nueva bonanza los perdidos bienes
Fácil resarce.

ODAS NEMEAS.

ODA PRIMERA.

Á CROMIO ETNEO,
VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Vástago de la noble Siracusa,
Ortigia sacra, que reposo á Alfeo
Diste cuando corrió tras Aretusa!
Los rápidos corceles, que el Nemeo
Triunfo obtuvieron, cantaré mi musa;
Y á Cromio al celebrar, y á Jove Etneo,
Empezaré por tí, cuna de Diana,
Y de la errante Delos bella hermana.

Merced á su cuadriga vencedora
(Del valiente garzón primera prueba)
De los Dioses la mano protectora
De la gloria á la cúspide lo lleva.

¡Oh Musa, del combate admiradora!
 Con espléndido canto al cielo eleva
 La que asignó por dote á Proserpina
 El Señor del Olimpo, isla divina.

Agitando la excelsa cabellera,
 De la fértil Sicilia hacerla jura
 Reina, y de sus ciudades la primera;
 Y un pueblo á quien deleita la armadura,
 Y el corcel de batalla, y la carrera,
 También le da, que cifra su ventura
 En las coronas de oro, oliva y flores,
 Premio de los Olímpicos sudores.

Es sublime el encomio, pero justo,
 Y elevaré cual nunca mis canciones
 Hoy, que banquete de exquisito gusto
 Me aguarda en los espléndidos salones
 Que abre á huéspedes mil prócer agosto.
 Modelo de magnánimos varones,
 El fuego de mordaz maledicencia
 Con agua extingue de gentil clemencia.

Orna á cada mortal don diferente:
 Si á la gloria llegar quieres derecho,
 Sigue la inclinación que tu alma siente.
 Requiere el lidiador robusto pecho,
 Y el gobernante previsoramente,
 Que del futuro tiempo esté en acecho.
 En tí vigor y previsión aduna,
 ¡Hijo de Agesidamo! la fortuna.

Que no oculte jamás (al cielo plegue)
 En mis arcas inútiles riquezas;
 Favores al amigo nunca niegue
 Mi mano, á ejemplo tuyo; y mis larguezas
 A tanto suban, que mi fama llegue
 A la alta cumbre que á escalar empiezas;
 Que á todo pecho emprendedor alcanza
 De cubrirse de gloria la esperanza.

Tu primera victoria es buen agüero
 De más gloriosas y mayores lides.
 ¡Cromio feliz! Vaticinarte quiero
 Tu futuro esplendor, nuevo Everides;
 Y en dulce verso narraré el primero
 Triunfo que obtuvo el pequeñuelo Alcides,
 Al ver la luz, con su gemelo hermano,
 El vástago de Jove soberano.

Juno lo ve desde su regio asiento,
 En cuna de oro y cándidos pañales.
 La devoran los celos, y al momento
 La Reina de los Dioses inmortales
 Dos dragones envía: al aposento
 Penetran por los fáciles umbrales,
 A los niños terríficos enlazan,
 Y vivos engullirlos amenazan.

Con la cabeza erguida se levanta
 Hércules, y hace su primer ensayo,
 A ambas sierpes asiendo la garganta
 Con tanta fuerza, que letal desmayo

De los dragones el furor quebranta
Hasta morir. Cual subitáneo rayo
Entra el terror, y á las esclavas llena,
Que al lecho velan de la bella Alcmena.

Ella sale también, aunque desnuda,
Del lecho, y á los monstruos se abalanza;
Un Tebano escuadrón viene en su ayuda,
Armados todos con loriga y lanza:
Su acero esgrime, víctima de aguda
Pena Anfitríon, y á su cabeza avanza;
Que el propio luto nos desgarrá el seno,
Aunque pronto olvidamos el ajeno.

Terror y admiración el padre siente
Al ver tanto valor, y tan extraña
Fuerza en un niño; el cielo así clemente
Del anuncio fatal lo desengaña.
Al Profeta de Jove omnipotente,
Que lee lo porvenir en cada entraña
De las aves, Tiresias su vecino,
Llama Anfitríon, y acude el Adivino.

A la Tebana multitud, que atenta
Escucha el vaticinio, las gloriosas
Penas, y hazañas del infante cuenta.
Cuántas, en tierra, fieras perniciosas
Su invicta mano domará sangrienta,
Y cuántas en las ondas borrascosas;
A qué malvados de la raza humana
Justiciero dará muerte temprana:

Todo el vate narró. De los Gigantes
Predice, y de los Númenes la guerra:
Hércules, con sus flechas penetrantes
A los monstruos hará morder la tierra
En los campos de Flegra. Tras brillantes
Proezas, su carrera al fin se cierra
Yendo entre los celestes moradores
El premio á recoger de sus labores.

Perpetua paz y dicha sempiterna
Allí le aguarda, y eternal reposo:
Se enlazará con Hebe, virgen tierna
De juventud perenne y rostro hermoso;
En la dorada habitación paterna
Hará el nupcial banquete suntüoso,
Y de Saturnio Júpiter al lado
Vivirá, de los Númenes amado.

ODA SEGUNDA.

À TIMODEMO DE ATENAS,
VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Es ley de los Homéridas
Armónicos cantores,
De Júpiter Olímpico
Siempre con los loores,
Sus dulces himnos épicos
Devotos empezar.

El héroe de mi cántico,
Así el primer trofeo
Obtiene en los certámenes
Sagrados del Nemeo
Bosque, do reina Júpiter
Cual Numen tutelar.

Si por la senda plácida
Sin vacilar camina,
Que hizo á su padre célebre;
Y el Hado lo destina
A ser de Atenas bélica
Decoro y esplendor,

Que vencerá en los Ístmicos
Combates yo le auguro:
Y aun en la arena Pítica
Aguarda de seguro
De Timonóo al Vástago,
La codiciada flor.

Orión así á las Pléyades
Siempre á seguir se inclina;
Sabe formar intrépidos
Guerreros Salamina:
De Ajax el brazo indómito
Héctor en Troya vió.

¡Oh Timodemo! Gózome
De ver crecer tu gloria
Con nueva hazaña atlética:
Narra la antigua historia
Que Arcania hijos magnánimos
A Grecia siempre dió.

Jamás un Timodémida
Saltó á la arena ardiente,
Sin que laurel espléndido

Ciñera su alba frente.
Cuatro al Parnaso altísimo
Tus padres deben ya.

Al pie de aquellos ásperos
Montes, en cuyas faldas
Salió triunfante Pélope,
Hasta hoy ocho guirnaldas
De los Corintios ínclitos
La decisión les da.

En Nemea su mérito
Ha conquistado siete.
¿Quién computar el número
De lauros acomete,
Que en los juegos de Egíoco
Les diera su Ciudad?

¡Cantad, hijos del Atica,
Hoy que al nativo puerto
De flores honoríficas
Torna el joven cubierto:
Mil himnos eucarísticos
A Júpiter cantad!

ODA TERCERA.

Á ARISTOCLIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Ven ¡oh Musa divina!
Escucha ¡oh Madre! mis ardientes ruegos,
Y baja á la isla Dórica de Egina,
La hospitalaria, en este mes famoso
Que santifican los Nemeos juegos.
En las riberas del Asopo undoso,
De jóvenes cantores
Dulce coro te aguarda numeroso,
Que por oír ansía
De tu celeste voz la melodía.
Con los mismos honores
Hechos diversos compensar no es justo;
Y el mejor galardón á la victoria

Del luchador robusto,
Es el canto de gloria
Que acompaña á virtudes eminentes,
Y se complace en coronar las frentes.

Concede á mis sudores
De este canto gentil grande abundancia;
Y tú, que eres su prole, himno sonoro
Entona á Jove, que elevada estancia
Entre las nubes tiene: de aquel coro
Trasmitiré á las voces y á las liras,
Cuanto benigno á tu cantor inspiras,
Y agradará mi acento
Al que es de Egina lustre y ornamento.
Fueron los Mirmidones
Primeros en poblar la isla felice,
Y de aquellos perínclitos varones
El fuerte Aristoclides no desdice.
Con ímpetu acosado
En el *pancracio*, por atleta osado,
Merced á tu armonía
Señal no dió de infame cobardía.
De los Nemeos valles hoy en medio
Con dulces himnos sus trabajos pagas,
Saludable remedio
Del vencedor á las profundas llagas.

¡Oh! Ya que á tu gallardo continente
Y varonil belleza,
Iguala de tus hechos la grandeza,
¡Vástago de Aristófanes, detente!

No es fácil recorrer vedados mares,
Dejando atrás de Alcides los pilares.
Eternos monumentos
De su extremo marítimo camino,
Allí los puso de Hércules divino
La mano, sobre hondísimos cimientos.
Enormes alimañas
Él domeñó en el piélagos; y llevado
De su espontáneo amor á las hazañas,
Exploró cada fuente,
Cada escollo y corriente
Hasta do puede por el mar hinchado
Avanzar un bajel (con la esperanza
De que su prora vuelva) hacia Occidente,
Y de la tierra el límite apartado
El héroe señaló. Mas ¿dó me lanza
El viento de mi genio? ¿A qué extranjero
Promontorio ha arrojado mi navío?
A Eaco y á Egina, el canto mío,
Y á su progenie, que enderece quiero.
Es cierto, sí, que celebrar es justo
Toda proeza de varón augusto;
Mas no conviene al vate
Que amor de extraña gloria
A peregrinas playas lo arrebate.
Busca tus héroes en la patria historia,
Y hallarás, musa mía, amplio argumento
Para entonar dulcísimo concento.
Del Rey Peleo canta la victoria,
Célebre en las antiguas tradiciones
Por la que él se forjó robusta lanza.

Él solo, sin legiones,
A Jolcos toma. A Tetis la marina,
No sin trabajo, vencedor domina,
Y, aunque humilde mortal, su mano alcanza.

A Yolao asociado
Derriba Telamón armipotente
A Laomedonte osado;
Y con él, al ejército valiente
De fieras Amazonas, que maneja
Arcos de bronce, debelado deja.
No disminuye el miedo
Que á tantos hombres domador abate
El singular denuedo
Que ostenta su alma en desigual combate.
El natural valor al hombre inclina
A grandes hechos: quien nació cobarde,
Aunque merced á dura disciplina
Quiera hacer de proezas vano alarde,
De empresas mil y mil en pos camina,
Y con incierta planta,
Aunque vaya doquier, nada adelanta.

En casa de Filira, el rubio Aquiles
Niño aún, cada día
Cual juegos infantiles
Hazañas colosales emprendía.
Ya lanzaba veloz agudo dardo
Igual á los furiosos aquilones;
Ya un jabalí mataba, ya un leopardo,
Ya luchaba con hórridos leones:

Y al Centauro instructor (hijo querido
De Saturno) llevábale delante
Del animal vencido
El cuerpo palpitante.
¡No contaba seis años el infante!
Llenas de asombro lo miraban Diana
Y la armada Minerva
Cazar cada mañana,
Ya el corzo corredor, ya la ágil cierva,
Sin ayuda de lazos ni lebreles,
Pues su pie superaba á los corceles.

Refiero lo que antiguas tradiciones
Me mueven á contar. Al antro vino
Del prudente Quirón, Jasón divino
A recibir lecciones.
Allí sus salutíferas pociones
A mezclar enseñó con mano suave
Al glorioso Esculapio, el viejo grave.
El al casto Peleo
Unió benigno con nupciales lazos
A la hija de Nereo,
Tetis gentil, de encantadores brazos.
De aquella unión sagrada
Al vástago sublime, á Aquiles fuerte,
Educa de tal suerte,
Que el ponto cruza, y frente á Ilión sitiada
Las huestes anonada
De Dárdanos infantes; y de Frigia
Y de Licia dispersa á los guerreros,
Y al desafiar de Etiopia á los lanceros,

A su jefe Memnón manda á la Estigia.
 ¡Pobre primo de Heleno!
 Volver no pudo de su patria al seno.

Auréola esplendente
 Que ni clima ni edad borra ni empaña,
 Después de tanta hazaña
 Orna de los Eácidas la frente.
 ¡Jove! Tu sangre son: tuya es la liza
 Que el cántico eterniza,
 Que al armonioso coro
 De jóvenes, de Egina honra y decoro,
 Para entonar en tu loor trasmito.
 Bien de alabanza el grito
 Aristoclides vencedor merece,
 Por quien, de la isla bella
 Que lo viera nacer, la fama crece.
 Por él alta descuella,
 En alas de la dulce poesía,
 De sacerdote del crinado Apolo
 La dignidad *Tearia*, que en él solo
 Unida, hace brillar su valentía.

La que todo lo aclara, la experiencia,
 En las Nemeas lides
 Probó de Aristoclides
 La atlética excelencia.
 Niño, vence á los niños sus iguales;
 Varón, á los varones siempre humilla;
 Anciano fresco, entre los viejos brilla,
 Ilustre en cada edad de los mortales.

Pues de su vida se prolonga el hilo,
 Pensar ya le conviene
 En el destino que á sus plantas tiene,
 Y otras virtudes cultivar tranquilo.

¡Querido amigo, adiós! Dichoso vive
 Y este precioso vaso
 Con miel y blanca leche del Parnaso,
 Ofrenda de amistad, grato recibe.
 Mezclado va dulcísimo rocío,
 Don de las Musas, y el sabroso aliento
 Que despide el Eólico instrumento:
 Acepta mi cantar, aunque tardío.
 Que me asemejo, sabes,
 Al águila, señora de las aves,
 Cuando ligera de las nubes baja,
 Y en víctima sangrienta
 Sus garras agudísimas encaja,
 En tanto que la turba macilenta
 De viles grajos, el rastrero vuelo
 Graznando siguen sin dejar el suelo.

Con el favor de Clío,
 Que soberana mi cantar sublima,
 Eternamente brillará el que anima
 Tu heroico pecho, sobrehumano brío,
 Y que guirnalda te ciñó, preclara,
 En Epidauro, en Neme y en Megara.